

SALUD MENTAL POSTMODERNA O LA WELTANSCHAUUNG CIRCENSE.



Dr. Mariano Muñoz-Hidalgo.

La cuarta herida narcisista.

El derrumbamiento de las certidumbres cómodas que proveía el racionalismo cartesiano ha sido una cuarta herida en el narcisismo cultural de la humanidad: primero se nos demostró que nuestra morada, el planeta, no era el centro del universo, sino una insignificante esfera que gira en torno a un sol de escasa categoría en el precario confín de una galaxia incalculablemente ajena. Luego, una caterva de naturalistas irredentos nos señala que no venimos, como especie, descendiendo de seráfica nube alguna sino muy probablemente de un árbol y que no poseemos alas porque recién estamos perdiendo la hirsuta pelambreira que cubre nuestro cuerpo antropoide. Más tarde, un muy circunspecto genio vienés nacido en Freiberg nos enfrenta con otro baldazo de agua fría al observar que nuestros motivos e impulsos no son todo lo racionales que proclamamos, puesto que provienen de un oscuro fondo psicosexual llamado “inconsciente” y que estamos más cerca de ser un perverso polimorfo que una criatura de orden y razón. Con estas tres bofetadas a la vanidad humana ganamos la oportunidad de desarrollar algo de humildad epistemológica, una suerte de saludable escepticismo en la autoglorificación. Pero no aprovechamos la lección. Antes bien: embaídos de fe en el poder de la ciencia para transformar el mundo, configuramos una vasta parafernalia de discursos y paradigmas que hicieron del positivismo una avanzada ideológica del progreso. Por supuesto, las disciplinas de estudio de lo humano en sus manifestaciones sociales (la antropología, la psicología y la sociología, entre otras) hubieron de intentar validarse, sin conseguirlo jamás del todo, rindiendo pleitesías al método científico en su vertiente más cuantitativa. Prosteración tanto más indigna cuanto que siempre ha sido evidente que el comportamiento humano requiere, para ser comprendido cabalmente, mucho más que un enfoque cuantitativo. La cifra es impotente para dar cuenta de la hondura desgarradora, la plenitud desafiante y la simultaneidad ilimitada de la experiencia humana. Se requiere una mirada más inteligente, capaz de discernir con mayor altura (u hondura, como el psicoanálisis).

Nuestras ciencias sociales padecieron este vasallaje durante todo el siglo XX, y debieron morar friolentemente a la sombra del árbol cartesiano. Y es sabido que el arbusto que crece desbordado por un vecino muy frondoso se transforma en raquítico...

Contradictoriamente, sería desde el mismo bunker científicista que provendría la cuarta invectiva a nuestra concepción del mundo, desbaratando el tinglado del edificio cartesiano para derrumbarlo definitiva e irrevocablemente. La física moderna da inicio, ya desde fines del siglo XIX, a una conceptualización que vuelve relativa nuestra percepción del mundo, que cuestiona la unicidad de nuestra cosmovisión y que proclama estentóreamente que la perspectiva del observador modifica lo observado, dando al traste con la tan cacareada objetividad del método científico. Como todo proceso sociocultural, son numerosísimos los factores que se aglutinan progresivamente para desconstruir la visión cartesiana del mundo. La acumulativa pérdida de confianza en el poder de la razón para explicar creíblemente, la fascinación con las perspectivas simultáneas de análisis multigeométrico, la revisión dramática de las nociones de tiempo y espacio, el principio de indeterminación de Heisenberg, la proyección social de las leyes de la termodinámica, la teoría de la relatividad general y especial, son sólo los más ostensibles. El arte occidental del siglo XX contribuye a difundir algunas de estas perspectivas: el impresionismo venía desde el XIX siendo un antecedente

pictórico de la visión constructivista y el cubismo una puesta en vanguardia de la noción de relatividad espacial y simultaneidad de perspectivas, el futurista Boccioni recaptura la representación del tiempo en el dinamismo del movimiento humano y el cine recompone fotográficamente la narración cinética gracias al fenómeno de la persistencia retiniana. El surrealismo va aún más lejos. No sólo reconoce a Copérnico y Darwin, los gestores de las dos primeras abluciones frías: elige como su epónimo al inconsciente freudiano, y así los “cadáveres exquisitos” refrendan la creencia convencida de que puede haber comunicación de inconsciente a inconsciente, entronizando la tercera herida narcisista, que abona el campo epistemológico para que la ciencia contemporánea ponga en tela de juicio definitivo nuestra concepción estática del mundo. La interacción entre energía y materia (dos estados del mismo hecho) es una noción demoledora de casi todas las certidumbres racionales previas. La modernidad vivió entonces la “penuria existencial” de haber perdido todo lugar cierto y la postmodernidad reinstaura una vanidosa omnipotencia, la de un hedonismo desenfrenado que resulta imperio de la frivolidad. La cuarta herida sangraba por la cicatriz del paradigma racional.

Involución de la salud mental.

Es preciso señalar que Freud no detenta una concepción sólida de la salud mental (la señala en diversos lugares, pero mencionar no es lo mismo que desarrollar). El psicoanálisis es una robusta teoría de la enfermedad, pero una débil aproximación a la salud. Llegar a la genitalidad y sublimar los impulsos, alcanzar la capacidad orgástica (Reich dixit), entender el sentido existencial (Frankl), superar los complejos y trascender lo individual (Jung), desarrollar un carácter amoroso y productivo (Fromm), descubrir el sentido psicossomático de los síntomas (Groddeck), fue una poderosa zapa del edificio racionalista, mas no propuso una conceptualización universal ni paradigmática de la plenitud humana. El psicoanálisis parece haber agotado sus posibilidades heurísticas en el combate denodado (y, felizmente, triunfador) contra el racionalismo antropocéntrico decimonónico, y durante el siglo XX conoce un merecido apogeo, especialmente durante el primer medio siglo. Pero las circunstancias arrolladoras de la globalización, la economía neoliberal triunfante con su incontrarrestada propuesta pseudodionisiaca y esta moratoria efímera que llamamos postmodernidad con su énfasis en la disolución de las grandes narrativas, en la transgresión de los límites otrora sacros, el constructivismo irresoluto que en su visión multidisciplinaria parece dictadura de lo indeciso, entre otros hundimientos, han desbaratado la esperanza (que este servidor también detentó) de contar con un congruo modelo operativo de lo humano, entronizado y validado. Antes bien, sobrevinieron las cuestionables nociones de normalidad y anormalidad, que nunca satisficieron a los profesionales sinceros porque la estadística nos ha merecido desdén en todo tiempo, y más tarde la OMS empeora definitivamente las cosas al apoyar al “Estado de bienestar” y plantear un enfoque bienintencionado e ingenuo que parece buscar el nirvana del completo equilibrio bio-psico-social sin dejar espacio alguno para el conflicto, lo que equivaldría a la muerte del arte, el pensamiento crítico, la reflexión autónoma, el disenso cultural, el dolor creativo y tantas vías ásperas para el desarrollo. El DSM III resulta el brazo inquisidor de Big Brother.

Y es así como la postmodernidad, con su licuefacción frenética de todo discurso profundo, reduce la plenitud humana a la búsqueda cosmética de **La Felicidad**, ahora definida por periodistas, editorialistas, autores de best sellers, gurús improvisados, mercaderes inteligentes y coaches certificados, entre otros fariseos del éxito.

Mas el sujeto humano que surge de este modus vivendi postmoderno es irreversiblemente precario: de partida, señalo aquí la noción de “sujeto” no en el hondo sentido de subjetividad (el último reducto del espíritu) sino en la mera connotación de “sujeción”, la sepultura de la libertad. El sujeto como cautivo. Así, el hedonismo a ultranza, la trivialización de la vida cotidiana, la pseudoomnipotencia orquestada por las redes (Odiseos de opereta que “navegan” por internet, reyezuelos esgrimiendo el “cetro” del control remoto), los vínculos espurios planteados en las mismas redes (la amistad caricaturizada como un click en Facebook), la saciedad consumista que mantiene el torpor como condición del dominio, la reducción lingüística de todo ciudadano hasta el nivel de analfabeto funcional (lo que deja a la palabra profunda del psicoanálisis –o a su elitismo centroeuropeo y clasista- con las manos atadas hasta agotarse en la vacía

retórica lacaniana), y la atroz reducción cognitiva o empobrecimiento intelectual que los medios inducen al más siniestro estilo vaticano, hacen proliferar auditores estupidizados de reggaetón y así hasta los monstruos, que otrora eran sabios demonios de la fantasía, simbólico Golem, dualista vampiro, desgarrado licántropo, ahora son sólo la imagen que el sistema tiene del sujeto: zombies sin vida, de cabeza blanda y vulnerable, capaces de derrumbarse con una cuasisonrisa bobalicona como un buscador contemporáneo de felicidad, sustituto de la salud mental. Con sujetos precarizados de esta laya (genoma de un mundo feliz, casi todos) el psicoanálisis ortodoxo resulta inviable.

Dr. Mariano Muñoz-Hidalgo.

Mariano Muñoz-Hidalgo. Nacido en 1956, en Santiago de Chile, realiza su formación estudiantil en el Instituto Nacional de donde egresa en 1972. Ingres a la Escuela de Arquitectura, (1973-1975) de donde conservará un profundo interés por la estética y las artes en general que lo acompañará toda su trayectoria profesional. En 1977 ingresa a la Universidad de Chile a estudiar psicología, donde se graduará de Psicólogo y Licenciado en Psicología, U. de Chile en 1982. Orientado a la Psicología Clínica, en sus inicios se dedica al ejercicio privado como psicoterapeuta y a la docencia en la Universidad Central en la cátedra de Teorías y Sistemas Psicológicos y en la de Psicología de la Comunicación. En 1990 cursa el Magister en Ciencias de la Comunicación, de la Universidad de Chile, con el tema Psicología de la Seducción, mientras continúa su ejercicio clínico y carrera académica como Docente universitario de pre y postgrado. En 1992, comienza un Doctorado en Filosofía, en la Universidad de La Sorbonne, París, y en 1997 un Doctorado en Estudios Americanos, en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago en Chile.

Durante este periodo, lector incansable, poseedor de una retórica prodigiosa, une su pasión por el conocimiento y las artes a una preclara concepción de los fenómenos comunicacionales y organizacionales desempeñándose como Consultor internacional en Dinamarca, España, Argentina, Brasil, Cuba, Perú, Portugal, Francia, Colombia y Marruecos.

Escritor y conferencista, ha publicado 4 libros de ensayo de los cuales destacamos, *El Cuerpo en Fuga* (1995) prologado por Luis Eduardo Aute y *Tres Cuerpos de Amor, Neruda y el Ser Americano*, prologado por el poeta Gonzalo Rojas; más de una veintena de cuentos y tres antologías de poesía, amén de más de una cincuenta de artículos publicados en castellano, inglés, portugués, catalán y francés, entre 1984 al 2020.

Ha obtenido una serie de reconocimientos, premios y distinciones larga de enumerar dentro de las cuales destacamos: Premio de Ensayo V Centenario, UNESCO y Gobierno de Francia, 1993; Finalista publicado Premio de Musicología Casa de las Américas (La Habana), 1997; Finalista publicado, Premio de Ensayo Fundación Neruda, 1999; -Premio Mejor Ponencia, Simposio “Tango y el Mundo”, Buenos Aires, 2003, y el haber sido Finalista publicado de Ensayo OIT “Historia de los derechos laborales”, 2005.

De su pasión por los libros, desarrolló la afición por la encuadernación llegando a convertirse en el más destacado encuadernador artístico de nuestro medio. En 1996 dictó en la Universidad de Buenos Aires un ciclo de charlas acerca de Psicología del Deseo y la Seducción.

Volver a Artículos Clínicos
Volver a Newsletter 14-ex-68